





1988

● Rufino Tamayo

Nació en la ciudad de Oaxaca de Juárez, Oaxaca, el 26 de agosto de 1899. Sus padres fueron Manuel Arellanes y Florentina Tamayo.

En 1911, al quedar huérfano, se trasladó a la Ciudad de México y se quedó a vivir con una tía materna. Años más tarde, en 1915, ingresó como alumno a la Escuela Nacional de Bellas Artes para estudiar pintura. Tomó clases con Leonardo Izaguirre, Germán Gedovios, Saturnino Herrán y Roberto Montenegro, tuvo como compañeros a Agustín Lazo, Leopoldo Méndez y Francisco Díaz de León. En 1921 asumió la jefatura del Departamento de Dibujo Etnográfico del Museo Nacional de Arqueología.

En 1924 se dedicó a impartir clases de dibujo y pintura en las escuelas primarias de la Ciudad de México y a profesores que dependían de la Dirección de Dibujo de la Secretaría de Educación Pública, a cargo de Manuel Rodríguez Lozano. Rufino Tamayo participó en una exposición presentada en el edificio de esa Secretaría. Para 1926, en un local improvisado de la Ciudad de México, presentó su primera exposición individual con pinturas de acuarela y grabados en madera. A fines de ese mismo año, presentó otra exposición pero ahora en Nueva York, ciudad a la que se había trasladado en compañía de su amigo el músico Carlos Chávez.

En 1928, ya de regreso a México, se desempeñó como Profesor de la Escuela Nacional de Bellas Artes.

Javier Villaurretia señaló al respecto: "Los colores de Rufino Tamayo, vivos, cálidos, frutados, nos acercan a eso que podemos llamar una armonía de raza."



Para 1931, se trasladó nuevamente a Nueva York, donde presenta otra exposición; en ese mismo año, realizó la portada y las viñetas para el Cancionero Mexicano, editado por Frances Toor. Un año más tarde, regresó de nueva cuenta a México y es nombrado Jefe de la Sección de Artes Plásticas en la Escuela Nacional de Bellas Artes de la Secretaría de Educación Pública.

Rufino Tamayo pintó al fresco el mural El canto y la música en el antiguo edificio del Conservatorio Nacional de Música. En 1934 contrajo matrimonio con Olga Flores Rivas, estudiante de piano en la misma institución. Más tarde, la Asamblea Nacional de Productores de Artes Plásticas nombró a Rufino Tamayo como su Delegado.

Expuso de manera individual pinturas y grabados en madera tanto en Nueva York como en San Francisco, en 1937, asimismo, realizó para la revista Hoy, un retrato de Víctor Raúl Haya de la Torre; un año después, pintó al fresco el mural Revolución, en la antigua sede del Museo Nacional de Antropología.

En Nueva York, fue nombrado instructor de arte en The Dalton School, además colaboró en la realización de viñetas para la revista progresista Ruta. Por otro lado, realizó una exposición más en otra galería donde despertó favorables críticas de la prensa especializada.

De regreso a México, realizó una exposición retrospectiva de veinte años de labor artística en el Palacio de Bellas Artes.

Rufino Tamayo, junto con Diego Rivera y David Alfaro Siqueiros, representó a México en la XXV Bienal de Venecia; por otra parte, Ediciones Mexicanas S.A., publicó el portafolio Dibujos de Tamayo. Obtuvo el Gran Premio de Pintura de la Bienal de Sao Paulo, Brasil. Realizó para un museo de Texas, el mural El hombre. En 1955, para remarcar su desacuerdo con el franquismo, rechazó participar en la Bienal de Barcelona.

En Francia fue condecorado con el grado de Caballero de la Legión de Honor. Para la Universidad de Puerto Rico pintó el mural Prometeo. En 1959 fue nombrado Miembro Correspondiente de la Academia de Artes de Buenos Aires.

El pintor oaxaqueño se encargó de diseñar la escenografía y los trajes para el Ballet Antígona, para el Covent Garden de Londres. En México, recibió el Premio Nacional de Arte, además, pintó en el Museo Nacional de Antropología el mural Dualidad. Participó en una muestra individual de setenta y una obras en la inauguración del Museo de Arte Moderno de la Ciudad de México.

En 1967 fue elegido miembro de la Academia de Diseño de Florencia, Italia; en ese mismo año, para el pabellón mexicano de la Exposición Mundial de Montreal, pintó el mural transportable El mexicano y su mundo, instalado más tarde en la Secretaría de Relaciones Exteriores, posteriormente para el pabellón mexicano en la Feria Internacional de San Antonio, Texas, pintó el mural El fuego creador, titulado también Fraternidad, instalado luego en el edificio de las Naciones Unidas en Nueva York.



El Estado de Oaxaca le rindió un homenaje como "Hijo Predilecto" y le hizo entrega de la Medalla Juárez, además, le otorgaron su nombre a una calle de la capital; como agradecimiento, Tamayo donó mil trescientas piezas de arte precolombino con las cuales se organizó el Museo de Arte Prehispánico Rufino Tamayo, en Oaxaca.

En el año de 1979, la Universidad Nacional Autónoma de México, lo nombró doctor Honoris Causa. En ese mismo año, donó a la alcaldía de la ciudad de Monterrey, la escultura en hierro Homenaje al sol. Posteriormente, donó la casa hogar Olga Tamayo en Cuernavaca, Morelos. Más tarde, el Rey Juan Carlos I de España le otorgó la medalla de oro al Mérito de las Bellas Artes.

En 1986, en San Cristóbal Ecatepec, Estado de México, se puso su nombre a una colonia proletaria, en reconocimiento a su aportación para la red de alcantarillado.

El museo de Monterrey, Nuevo León, presentó una gran retrospectiva de su obra, asimismo en el Museo Regional de Guadalajara, Jalisco, presentó otra exposición.

El Gobierno de México le rindió un homenaje nacional por sus setenta años de ininterrumpida labor artística.

En 1988 recibió la Medalla de Honor Belisario Domínguez, por concentrar, en su ser y en sus pinceles, la sensibilidad artística de México. Murió el 24 de junio de 1991.

DISCURSO DE LA SENADORA IDOLINA MOGUEL CONTRERAS

Con su venia Señor Presidente de la República; CC. Miembros de los poderes de la Unión Federal y de los Gobiernos de los Estados Mexicanos todos:

"El que ve, oye, toca, huele y gusta dadme el color y el mundo os será dado, estar en el color es estar vivo, de todos los olvidos olvidado."

La poesía es prueba fehaciente de la existencia del hombre; la pintura es prueba fehaciente de la existencia de la poesía. Rufino Tamayo es pintor, poeta. En un momento culminante de su destino, escogió como su misión en la vida de esta virtud, la Nación reconoce, hoy, en el -como antes en Gerardo Murillo-, a un servidor de la humanidad y de la Patria, en grado eminente.

Su historia individual comenzó en tierras oaxaqueñas, en el umbral de nuestra centuria. Es por lo tanto, testigo de este siglo en México.

Testigo él, y su obra, testimonio. Testimonio de un tiempo que Tamayo alimenta en sus raíces familiares indígenas. Al igual que Olga, compañera y complemento, nacida en Zachila, capital del señorío de los mixtecos del Valle.

La primera constatación de la grandeza de Tamayo es su voluntad perseverante para vencer la adversidad. Su orfandad prematura lo llevará, en el mercado de la merced -refugió obligado de subsistencia-, a un mundo extraordinario de policromías frutales, de máscaras, de juguetes de madera, que recreados plásticamente, el pintor habrá de regalar a sus contemporáneos.



La tragedia de un niño deposita en su imaginación y en su sensibilidad un mundo nuevo, de cuyos colores habrá de apropiarse, por eso -tal vez- la condición humana de la pintura de Tamayo radica en el color. Ahí está, ejemplo radiante su prodigioso mural la lucha del día y de la noche, en nuestro Museo Nacional de Antropología.

Más adelante, empiezan a un mismo tiempo la etapa armada de la Revolución Mexicana, y la formación escolar y el espíritu artístico de Rufino Tamayo.

Vendrán muchos años de estudio, de disciplina, de lucha, hasta llegar a la primera exposición en una galería de Nueva York.

Ni en México ni en el extranjero nada es gratuito para el joven pintor, pero su voluntad no sabe claudicar.

La vida de los hombres, al igual que la vida de las sociedades, se forja en el largo plazo. No hay soluciones mágicas, ni inmediatas, ni espontáneas en la vida del hombre. Tampoco en la vida de los pueblos.

En su obra el personaje central es el hombre-prometeo, envuelto en las líneas de su fuego interior, como el fuego del sol que Tamayo se trajo de Oaxaca al altiplano, y lo proyectó hacia el mundo. Así dé al México de hoy su mural en Bellas Artes. La lucha de Tamayo está, pues, inspirada por el aliento a la vez mitológico y terreno.

En los murales de Bellas Artes se expresa un artista en plena madurez. Tamayo ha conquistado la esencia y su forma es libre como el viento.

El nacimiento de nuestra nacionalidad es descrito con el rigor del historiador o del sociólogo, pero con una concepción universal, cosmogónica, como corresponde a una síntesis prodigiosa aquilatada por sus resultados en el tiempo.

También con la nostalgia que nació de la lejanía, Tamayo aprendió a decantar el sentido de lo mexicano, a jugar con las cosas de la tierra y a proyectarse al infinito. Así descubrió entonces su forma de expresar lo mexicano.

Y mientras otros pintores expresaban su mexicanidad por diferentes vías de culminación, Rufino Tamayo entendió que la independencia y la libertad son requisitos esenciales para la creación. Ellos son el rasgo distintivo de su creación.

Por eso en un acto supremo de libertad, rechaza el muralismo como escuela y se lanza a buscar fórmulas nuevas dentro de los límites aparentemente restringidos del caballete, logrando ahí, paradójicamente, obras totales, acabadas, rotundas, con la esplendidez y la magnitud interna de un gran mural.

En efecto, ni el arte, ni la ciencia, ni el estudio de los social, pueden existir paradigmas definitivos cuya fuerza explicativa resuelva, de una vez y para siempre, los viejos y los nuevos enigmas que enfrentan cotidianamente el hombre y la sociedad.

La Revolución Mexicana, por ejemplo, es búsqueda permanente y renovada de vías eficaces para la realización de los valores que cohesionaron nuestra mexicanidad. Es experiencia acumulada en la obra de gobierno y construcción de opciones serias, coherentes y viables para superar nuestros problemas.



Entonces, ante las circunstancias de su tiempo, Tamayo es tan político como el que más; aunque su pintura no tenga un tema político no es la política su motivo principal, pero está detrás, está implícita.

Su pintura es nacionalista en su contenido, porque es expresión de lo mexicano. Y es revolucionaria en su metodología, porque es una búsqueda constante de técnicas enriquecedoras de la plástica.

Tamayo sintetiza en su vida y en su obra lo viejo y lo nuevo, el ayer y el hoy; el aquí y el allá.

El Museo de Arte Prehispánico donado por él a la ciudad de Oaxaca, custodia piezas arqueológicas, no sólo testimonio histórico y antropológico, sino a la vez obras de arte, auténticas expresiones de belleza creadas por nuestros antepasados indígenas.

El Museo de Arte Contemporáneo Internacional, en Chapultepec, contiene también colecciones donadas por Tamayo al pueblo de México, y a la vez expresiones claras de estética contemporánea.

Y entre todas ella, como síntesis, la obra de Tamayo, pintor de lo mexicano y de lo universal, de lo mexicano convertido en universal.

En búsqueda de lo esencia, nuestro pintor libera las figuras de su realidad objetiva y más allá del lugar y del tiempo, les entrega sus colores terrenales.

Sin duda alguna que es posible alcanzar lo universal a partir de lo local. Tamayo lo demuestra.

Por eso es admirado en Nueva York o en París. Y cuando llega a Oaxaca, su ciudad natal, el pueblo sale a las calles y le ofrece su calenda -la fiesta que se anuncia-, y su ma-yordomía -que es homenaje y que es ofrenda.

Lahulaa para los zapotecos, Nuhundua para los mixtecos, Huaxyacac para los mexicas. Oaxaca, la ciudad de Tamayo, le entregó su medalla Donaji.

Donaji, princesa zapoteca, simboliza la unión de los pueblos indígenas y el nacimiento de una nueva Nación.

Nación que aporta su consenso integrando el pacto federal aquí representado, y que le entregó también, al pintor, su medalla Oaxaca.

Oaxaca es una realidad indígena y mestiza que no ha dejado de inspirar la creatividad de Tamayo. Realidad que demanda la solidaridad de la Nación. El maestro, por su parte, se siente orgulloso de ser oaxaqueño.

En otro ámbito de la vida social, Juárez oaxaqueño, indígena, supo afirmar valores universales en una lucha universalmente reconocida por la validez y justicia de sus principios.

Tamayo, al pintar la figura de Juárez, exalta su vida heroica.

Un pintor oaxaqueño, mexicano, universal rinde homenaje a un héroe oaxaqueño, mexicano, universal.



Hoy, el homenaje nacional al Maestro Rufino Tamayo acontece al conmemorar el sacrificio del Senador Belisario Domínguez. En rigor, el reclamo del ilustre chiapaneco era por una violación fragante, criminal, al estado de derecho.

Cualquier violación al orden jurídico, pero sobre todo en el ámbito de la vida pública, conduce fatalmente al rompimiento de la estabilidad social.

Quienes ayer o quienes hoy, tan afanosamente eso desean, sólo podrán encontrar una respuesta basada en la ley, e inspirada políticamente en la lucha emprendida por el hombre de la estatura de Belisario Domínguez, cuya entrega simboliza igualmente la lucha por los valores a que aquí nos hemos referido, en la dimensión de su propio contexto: democracia, justicia, independencia y libertad.

Valores universales cuya realización transciere en un tiempo y en un territorio, a cargo de hombres y mujeres que saben elevar sus virtudes a niveles ejemplares. Héroes de la guerra y de la paz, ejemplos para la Nación y para el mundo.

Rufino Tamayo es un héroe civil. Su oficio de pintor -museos, galerías y trabajo-, lo requiere en virtud de un hacer humano llevado hasta sus últimas consecuencias.

Lo humano en busca del fuego prometeico. Lo humano en busca de lo mejor de lo humano.

DISCURSO DEL C. RUFINO TAMAYO

Señor Presidente de la República; Señor Presidente de la Honorable Cámara de Senadores del Congreso Nacional; honorables miembros del Senado de la República:

Para principiar quiero decir a ustedes lo que seguramente saben, y es que la palabra no es mi medio de expresión, mi medio de expresión es la pintura. De suerte pues, que lo que voy a decir es muy breve y con ello me alegro de que no los voy a cansar.

Yo he tenido siempre la suerte de que en vida y por mi trabajo he recibido honrosas distinciones de parte de un buen número de países extranjeros, así como de instituciones naturales de gran significación universal.

Debo decir que todas estas distinciones pues, las he agradecido muy significativamente y, desde luego, esto me interesa mucho decirles a ustedes. Y como es mi costumbre, las he compartido con México cuya presencia está siempre conmigo por la sencilla razón de que lo llevo dentro de mí.

Y es por ello, por las virtudes de México... -perdón, yo soy muy mal lector- por las virtudes de que México tiene por su magia y por su fuerza, es que he podido lograr que mi trabajo tenga alguna significación. En otras palabras, todo se lo debo a México.

Hoy, me toca recibir éste gran premio nacional, que para mí es la mejor gloria que he conquistado. Yo la recibo con una gran simpatía, naturalmente, y con todo mi amor, porque he tenido la suerte de que México -vuelvo a repetir- es quien me ha dado la oportunidad de ser lo que soy, que afortunadamente para mí no solamente es obtener la gloria



nuestra, que, vuelvo a repetir, también es la más alta que he recibido, sino que he tenido la suerte de ser respetado en el mundo entero.

Mi trabajo ha sido siempre dedicado a nuestro país, porque él, insisto, es el que me ha hecho la posibilidad de hacerlo. Y por eso, no estoy contento con lo que he hecho por él.

Mi contribución para México, en mi caso, la considero muy modesta. Yo quisiera, para satisfacer mi deseo de servirlo, hacer lo imposible, cosa que naturalmente, como todos sabemos, es una quimera. No es posible hacerlo de esa forma, y entonces yo me conformo con decirle a México que seguiré trabajando con la misma intensidad y con el mismo amor que siempre le he tenido.